

para cuyo pago fue menester despedazar la preciosa custodia de oro y piedras preciosas de la iglesia de San Francisco.

### VI. GESTIONES PARA UNA INTERVENCIÓN EUROPEA.

Los daños causados a los neutrales con motivo de la guerra ocasionaron, desde los comienzos de ella protestas de varias potencias europeas ante el gobierno de Chile. En julio de 1880 Inglaterra propuso a varios países de aquel continente y a Estados Unidos una acción conjunta para poner fin a la guerra del Pacífico. El canciller alemán Bismarck pidió al jefe del gabinete británico Gladstone que formulase el programa de esta maniobra diplomática y la contestación fue una propuesta para que llegasen a ser enviados agentes especiales al teatro de los acontecimientos con el fin de que expresaran a los beligerantes la necesidad de firmar la paz. Estos personajes debían estar presentes mientras los diplomáticos de Chile, Perú y Bolivia debatían las condiciones para poner término a las hostilidades. En caso de que no se pusieran de acuerdo, los representantes de las potencias extranjeras debían imponer la paz por la fuerza.

Italia aceptó la fórmula inglesa. Francia expresó su apoyo condicionado a la aquiescencia de Alemania e Italia. Bismarck, cuyas simpatías hacia Chile eran manifiestas, observó que semejante intervención tendría que estar armada para obtener eficacia y causaría, por lo tanto, a su país gastos muy superiores a las utilidades que pudiera obtener. La actitud de Alemania tuvo efectos dilatorios y Estados Unidos aprovechó entonces para ofrecer la mediación por su cuenta, no sólo con el fin de impedir el empleo de las fuerzas europeas en el continente americano sino también para evitar que aprovecharan ellas esta oportunidad y obtuviesen ventajas comerciales. Mientras llegaba a hacerse efectiva la maniobra norteamericana, hubo sondeos de los ministros de Francia y de Italia en Lima y Santiago ante los Presidentes Piérola y Pinto (julio y agosto de 1880). Pinto expresó la opinión personal de que Chile pediría Tarapacá y devolvería Tacna y Arica dando franquicias comerciales a Bolivia. Piérola se manifestó dispuesto a nombrar plenipotenciarios para negociar la paz y agregó que no convenía fijar de

antemano ni aun las bases generales para ella. En estas circunstancias tomó nuevo impulso la mediación de Estados Unidos.

### LAS NEGOCIACIONES CHILENO - BOLIVIANAS Y LAS CONFERENCIAS DE PAZ EN EL "LACKAWANNA". LOS SIETE PUNTOS DE LAS EXIGENCIAS CHILENAS.

Las operaciones bélicas no fueron detenidas mientras tanto. Clandestinamente se desenvolvía, al mismo tiempo, la gestión pacifista de Luis Salinas Vega, enviado a Chile por el Vice-Presidente Aniceto Arce, de Bolivia, cuyas ideas eran opuestas a las del Presidente Campero, leal defensor de la alianza.

Celebráronse las conferencias resultantes de la mediación norteamericana, en la bahía de Arica, a bordo del barco Lackawanna, con delegados de los tres países contendientes, más los ministros norteamericanos en el Perú, Bolivia y Chile (octubre de 1880). La fórmula peruana consistió en la intangibilidad territorial, la negativa a pagar indemnizaciones y la entrega del asunto al arbitraje de Estados Unidos. En cambio, la demanda chilena contuvo los siguientes puntos: 1°) Cesión del litoral boliviano y de Tarapacá; 2°) pago a Chile por el Perú y Bolivia de una indemnización de veinte millones de pesos de los cuales cuatro millones serían al contado; 3°) devolución de las propiedades de que habían sido despojados las empresas y ciudadanos chilenos en el Perú y en Bolivia; 4°) devolución del transporte Rímac; 5°) aprobación del tratado secreto de alianza; 6°) retención de Moquegua, Tacna y Arica por tropas chilenas hasta que se efectuara el cumplimiento de los puntos ya mencionados, 7°) compromiso del Perú de no fortificar Arica cuando le fuera devuelto este puerto y de convertido exclusivamente en puerto comercial.

Si Bolivia se allanaba a tratar separadamente, Chile le ofreció Tacna y Arica. En cuanto al arbitraje los chilenos lo rechazaron.

El representante chileno Eulogio Altamirano insistió en que la línea de frontera de su país debía avanzar "Los territorios que se extienden al sur de Camarones (afirmó) deben su desarrollo y su progreso actuales al trabajo chileno y al capital chileno. El desierto había sido fecundizado con el sudor de los hombres de trabajo antes de ser regado con la sangre de sus héroes.

Retirar de Camarones la bandera y el poder de Chile sería un abandono cobarde de millares de conciudadanos y renovar, regravándola, la antigua e insostenible situación".

El representante boliviano Mariano Baptista, después de hablar en pro de la unión de los pueblos de América del Sur, insinuó que no sería imposible aceptar una razonable indemnización de guerra, pudiendo, entre tanto ella fuera pagada, ser ocupados los territorios en disputa. El delegado peruano Antonio Arenas impugnó el derecho de conquista y su colega Aurelio García y García advirtió que el Nuevo Mundo no debía al aceptar los cambios de soberanía territorial, sin consentimiento de su población, repetir los errores del Viejo Mundo. También se refirió a la generosidad del Perú al no posesionarse definitivamente de Guayaquil en 1859. El ministro norteamericano Osborn negó que el gobierno de Estados Unidos buscaba servir como árbitro.

Sólo fueron tres las conferencias del Lackawanna, el 22, el 25 y el 27 de octubre. La posición de los países beligerantes no fue modificada. El ministro norteamericano en Lima, Christianey, acusó a su colega en Santiago Osborn, de sentimientos favorables a Chile.

Los delegados del Perú fueron Antonio Arenas y Aurelio García y García: los de Bolivia, Juan C. Carrillo y Mariano Baptista; y los de Chile, Eulogio Altamirano, José Francisco Vergara y Eusebio Lillo. Este último tuvo conferencias secretas con Baptista y con Carrillo. "Ambos me han declarado confidencialmente (escribió al Presidente Pinto con fecha 22 de octubre) que buscan un momento oportuno para separarse llevando a su país al comienzo de una ruptura con el Perú. Les he insinuado la idea de que exijan como necesidad imperiosa de Bolivia, la cesión de Tacna y Arica. Teniendo Chile, por su propiedad de Tarapacá, que establecer la natural continuación de su territorio, le es forzoso quedarse en posesión de toda la costa antes boliviana; pero la pérdida que Bolivia hace en el sur puede ser compensada aun con ventajas en el departamento de Tacna... Bolivia, como una medida de la política chilena, debe figurar siempre entre los Estados del Pacífico y ser nuestra vecina y nuestra protegida y aliada".

La diplomacia peruana en Bolivia, representada por el ministro Enrique Bustamante y Salazar, logró contrarrestar

los planes de los "practicistas" bolivianos Baptista, Carrillo, Arce y otros; y la proyectada unión Perú-boliviana tuvo aparente éxito. Sin embargo, aun en fecha posterior, Lillo siguió tentando a políticos bolivianos y llegó a proponerles la ayuda de Bolivia a Chile mediante expediciones al interior del Perú, con la promesa de que se anexara los territorios que llegase a ocupar. El fracaso de las negociaciones de Arica no detuvo los esfuerzos diplomáticos para, poner fin a la guerra. La Argentina inició gestiones con Brasil para lograr una mediación sobre la base del pago de indemnizaciones pecuniarias, garantías tanto para la conservación de la paz como para la cancelación de dichas sumas y sometimiento al arbitraje de una potencia imparcial de todas las cuestiones que dieron lugar a la contienda y de las provenientes de los tratados de paz (noviembre y diciembre de 1880). El gobierno brasileño aplazó su respuesta y antes de que ella llegara a formularse, las batallas de San Juan y Miraflores y la entrada de los chilenos a Lima quitaron eficacia a estas gestiones.

### ¿DEBIERON SER ACEPTADAS LAS EXIGENCIAS CHILENAS EN EL LACKAWANNA?

Como los historiadores suelen ser profetas del pasado ha habido quien sostenga que una visión descarnada de las cosas debió llevar a los plenipotenciarios peruanos a aceptar las condiciones del Lackawanna. Los buques chilenos podían dedicarse con absoluta tranquilidad no sólo al transporte de las tropas de invasión y ocupación, sino además a labores de bloqueo y bombardeo. El significado profundo de lo ocurrido en Tarapacá, Tacna y Arica era que el Perú no tenía ya en verdad ejército de línea. Al mismo tiempo, el invasor había entrado en posesión de las salitreras, origen de la guerra y ellas les daban ya cuantiosos fondos. ¿Cómo hubiera podido el Perú recuperar todo el territorio y todas las fuerzas perdidas? Al fin y al cabo, los sacrificios que hizo para levantar las milicias que defendieron la capital, para soportar los horrores de la ocupación y para improvisar las guerrillas que hostigaron durante más de dos años al ejército chileno, fueron tremendos, sin evitar que en octubre del 83 llegase a ser firmada la mutilación del país.

Así puede razonar el cinismo. El Perú en esta trágica etapa de su historia tan

calumniada y tan vejada, se caracteriza, a pesar de todo, por su rebeldía patética frente al infortunio, por su resistencia altiva para dejarse amputar. Los hombres del Lackawanna prefirieron a la compra de una tranquilidad menguada, la áspera lucha contra el destino. No pecaron de prudentes; pero no agregaron a todas las lacras destapadas por la guerra, la del apocamiento. Piénsese, además, que si se firma la paz en el Lackawanna, los chilenos habrían llegado a Moquegua y que tal vez Arica y Tacna hubieran servido como inaudito botín para Bolivia. La opinión pública habría reaccionado vivamente contra este pacto.

### **VII. EL GOBIERNO CHILENO Y LA CAMPAÑA DE LIMA.**

El Presidente Pinto, por lo menos después de la muerte de Sotomayor, se declaró hostil a la expedición a Lima. Temía los gastos y creía que el Perú no iría a la paz sino cuando se viera aniquilado y exhausto. "Ese resultado (decía en una carta a E. Altamirano en 20 de setiembre de 1880) se conseguiría mejor y de modo más seguro, según mi opinión, manteniendo la ocupación de lo que hemos conquistado, hostilizando al Perú con nuestra marina, cortándole su comercio enviando expediciones pasajeras sobre su costa para completar la paralización de su comercio y desorganizar su industria azucarera que es de la que ahora saca sus recursos". Sin embargo, la opinión pública, los miembros del Congreso, los periódicos, los jefes militares querían ir a Lima. Nombrado ministro de guerra José Francisco Vergara, civil convertido en militar, que había actuado en la batalla de Tarapacá, se había retirado después de ella y había vuelto más tarde a la guerra y a la política, orientó su acción hacia esa

campaña, al fracasar las negociaciones de Arica y al terminar la expedición Lynch. Para ello aumentó el ejército e hizo los preparativos necesarios.

### **LAS DISCREPANCIAS ENTRE BAQUEDANO Y VERGARA SOBRE LA EXPEDICIÓN A LIMA.**

Acres discrepancias surgieron entre el ministro de guerra José Francisco Vergara y el General en jefe del ejército Manuel Baquedano en relación con diversos asuntos, uno de los cuales fue la expedición sobre Lima. Para Máximo R. Lira, que publicó en 1882 unas observaciones a la memoria ministerial de Vergara, por encargo y con autorización de Baquedano, Chile perdió un tiempo precioso entre mayo y diciembre de 1880, pues pudo atacar la capital peruana cuando los preparativos de defensa: se hallaban en estado incipiente. Las dos razones alegadas por la memoria de Vergara para justificar la tardanza en el despacho de la expedición eran según Lira, inconsecuentes: una, la incertidumbre acerca del verdadero estado del ejército aliado después de la derrota de Tacna, no existió, pues al concluir la batalla pareció indudable que este ejército había sido liquidado y la otra, sobre la insuficiencia de las tropas disponibles tampoco podía ser válida, pues habían 17.000 hombres útiles a fines de julio y ellos hubieran sido suficientes para batir (según las palabras de Lira) "a las fuerzas bisoñas e indisciplinadas que don Nicolás de Piérola había concentrado en Lima y sus contornos". Lira acusó en suma a Vergara por la paralización de las operaciones militares y por la prolongada y estéril inacción que en su concepto, detuvo al ejército invasor en Tacna. Pero la demora sirvió para incrementar el poderío de la expedición lanzada sobre la capital del Perú.